



EL PROPÓSITO DE LA VIDA

El Mensaje Sufi de Hazrat Inayat Khan

Traducido por Leonor Andrade Castillo

Capítulo Siete

En el lenguaje de los Hindus el deber se llama Dharma, que significa religión. Mientras uno más estudia la naturaleza y el carácter de lo que llamamos deber, más empieza a saber que en el espíritu del deber es dónde se encontrará el alma de la religión. Si el deber no fuera tan sagrado como para jugar una parte importante de nuestra vida, una forma de religión no significaría nada para una alma considerada. Por lo tanto fue sabio de parte de los ancianos llamar religión al deber o deber a la religión. Por cuanto la religión no consiste en realizar una ceremonia o un ritual; la verdadera religión es el sentimiento o el sentido del deber. El deber no es necesariamente el propósito de la vida, pero sí es un faro en el puerto, que le muestra a uno, “Aquí está el lugar de aterrizaje, aquí haz llegado, aquí es tu destino.” Podría no ser el destino final, pero hasta en el deber uno encuentra un camino que lo lleva al propósito de la vida.

Parece que, aun cuando el conocimiento del deber se adquiere después que un niño ha venido al mundo, también el niño ha traído con él a este mundo un sentido del deber. Y de acuerdo con el sentido del deber que muestra el niño, hace una promesa de un buen futuro. Una persona podría ser muy formada, capaz, calificada, ponderosa, influyente y aún así si no tiene sentido del deber, no puedes confiar en ella. Tan pronto como averiguas que existe un sentido viviente del deber en una persona, de una vez te sientes confiado; sientes que puedes confiar en esa persona. Y este sentimiento que tienes es mayor que cualquier otra impresión que otra persona pudiera darte; en esto está toda la virtud y fuerza y poder y bendición. Valoras un amigo en quien puedes confiar; valoras una relación en la cual confías. Por lo tanto, todas las calificaciones que tenga un hombre parecen estar en la superficie, pero debajo de ellas hay un espíritu que las mantiene vivas y las hace realmente valiosas, y ese espíritu es el sentido del deber. Aquéllos que han ganado la confianza de toda una nación, y ha habido unos pocos en la historia del mundo que han ganado la confianza de una multitud, esos han probado ser realmente grandes; y lo lograron desarrollando el sentido del deber.

Ahora, existen cinco aspectos diferentes al considerar la pregunta del deber. Un aspecto es pensar en nuestro deber hacia la generación: hacia los niños, nuestros propios niños y los de los demás. Para aquéllos que son más jóvenes en edad tenemos un deber determinado. Con nuestros amigos, nuestros conocidos que no han evolucionado lo suficiente como para ver las cosas como las vemos nosotros, también tenemos nuestro deber. Y si una vez que estamos conscientes de esto, encontramos muchas cosas en esta vida que requieren nuestra atención, y si se nos ha pasado por alto hemos descuidado nuestro deber. Cualquiera que sea nuestra posición en la vida, rico o pobre, tenemos un reino, y ese reino es nuestro ser. Podemos ayudar y servir en pensamiento y en acción, en palabra o en acción requerida en un determinado momento. Pero con cada atención dada a este asunto, con todo lo que se haga a este respecto, aunque pudiera parecer material, se ha realizado una acción religiosa.

Otro aspecto del deber es el deber hacia nuestros semejantes; hacia nuestros compañeros de trabajo, hacia nuestros amigos y conocidos con quienes entramos en contacto en la vida cotidiana, con quienes no tenemos un sentimiento de mayor o más joven, o ninguna diferencia. Tenemos un deber hacia ellos. En primer lugar, para estudiar la psicología de su naturaleza; si tenemos que enseñarlos no enseñarlos como una maestra; si los ayudamos no hacerlo como un benefactor; cualquiera sea la ayuda que les demos, hacerlo de forma tal que ni nosotros lo sepamos. Esa es la mejor forma de servir. Por cuanto hasta para hacer el bien es más difícil si no sabemos cómo hacerlo. Si somos capaces de ganar el afecto de nuestros semejantes y prestar un pequeño servicio sin pretensiones, sin el pensamiento de la apreciación o el retorno, con seguridad hemos realizado una acción religiosa.

El tercer aspecto del deber es hacia aquéllos de edad avanzada. Para sentir compasión hacia ellos, respetarlos por su edad, por la experiencia que tienen; aunque no tengan calificación o aprendizaje que nosotros tenemos, no importa. Tal vez saben algo más que nosotros no sabemos. No podemos aprender todas las cosas; no podemos saber todas las cosas. Hay cosas que nos la enseña la experiencia; hay cosas que llegan con la edad. Si a una persona, aún siendo inteligente y capaz, aún no le ha nacido ese sentimiento por la edad, ese respeto por sus mayores, esa consideración por aquellos de edad avanzada, su mamá, su papá, su hermano o hermana, maestro o amigo, aún no ha conocido la religión. Por cuanto esto es la base de la religión.

Se dice que un niño del Profeta un día llamó un esclavo por su nombre y el Profeta lo escuchó. Lo primero que le dijo fue “Mi niño, llámalo Tío; es de edad avanzada”. Además, existe una acción y una reacción psicológica; aquéllos que han alcanzado la condición de madurez de la vida han llegado a una etapa cuando su Buena fe por los más jóvenes llega como un tesoro, un tesoro viviente. A veces la intoxicación de la vida, la absorción en las actividades mundanas, esa energía siempre creciente que uno experimenta en la juventud, el poder y la posición y el conocimiento y la capacidad hacen que uno lo pase por alto. Pero si se pierde una oportunidad, se pierde; nunca va a regresar. Todos estamos en este mundo como viajeros, y aquellos cerca de nosotros o aquellos que vemos, esos son los que conocemos en nuestro viaje. Y por lo tanto es una oportunidad para pensar en nuestro deber hacia ellos. Ni debemos estar con ellos todo el tiempo, ni estarán ellos con nosotros. La vida es un sueño en el que nos lanzan, un sueño siempre cambiante. Por lo tanto una oportunidad perdida de considerar nuestras pequeñas obligaciones en nuestra vida cotidiana que forma parte de nuestro deber, es como olvidar nuestra religión.

El cuarto aspecto del deber es nuestro deber hacia el estado, hacia la nación, y hacia todas aquellas personalidades a quienes encontramos allí, por encima y por debajo; un rey, un presidente, un comandante, un oficial, una secretaria, un funcionario, un portero, o un sirviente; una fuente espiritual de elevación, tal como una iglesia, un centro espiritual y personalidades conectadas con ella, un sacerdote, nuestro consejero o maestro. Hacia todos estos tenemos una obligación, y al cumplir esto en sí estamos cumpliendo el Dharma u obligación.

Y el quinto aspecto de nuestro deber es hacia Dios, nuestro Creador, nuestro Sostén y el Perdonador de nuestros defectos. Uno podría decir, “No deseamos venir aquí; porqué nos enviaron aquí?” Pero se dice en un momento de turbación de la mente. Si la mente está tranquila, si la persona muestra sentido común dirá, “Aún si no se me diera nada más en la vida, permitirme vivir bajo el sol es el mayor privilegio.” Uno dice, “Yo me esfuerzo y gano dinero, y ese es el vivir que me creo. A quién se le dará crédito por ello?. Pero no es el dinero lo que comemos; lo que comemos no se hace en el banco. Se hace con el sol y la luna y las estrellas y la tierra y el agua, por la naturaleza que vive antes de nosotros. Si no tenemos aire para respirar, moriremos en un instante.

¿Cómo podemos ser suficientemente agradecidos por estos regalos de la naturaleza que están frente a nosotros? Además, a medida que una persona se desarrolla espiritualmente verá que no es sólo su cuerpo que necesita alimento, sino también su mente, su corazón, su alma; un alimento que este mundo mecánico no le puede proporcionar. Es el alimento que solamente Dios puede dar, y por ello lo llamamos Dios el Proveedor. Adicionalmente, a un tiempo cuando no teníamos ni fuerza ni sentido suficiente como para ganarnos nuestro sustento, en ese momento fue creado nuestro alimento. Cuando uno piensa en esto, y cuando uno se da cuenta que cada pequeña criatura, una bacteria o una lombriz que no se da cuenta, también recibe su sustento, entonces uno empieza a ver que hay un Proveedor; y ese Proveedor lo encontramos en Dios, y hacia él tenemos un deber.

A pesar de la justicia y la injusticia que vemos en la superficie del mundo, un darse cuenta entusiasta dentro de la propia vida nos enseñará que no hay comparación entre nuestros defectos y nuestras buenas acciones. Las buenas acciones, en comparación con nuestros defectos, sin tan pocas que se fuéramos juzgados no deberíamos tener una marca en nuestro crédito. No significa que está ausente la justicia aquí. Sólo significa, ¿qué está detrás de la ley? Amor. ¿Y qué es amor? Dios. ¿Y como vemos el amor de Dios, en qué forma? De muchas formas; pero la forma más hermosa del amor de Dios es Su Compasión, Su Perdón Divino. Considerando estas cosas, nos damos cuenta de que hay un deber hacia Dios.

Es en estos cinco aspectos diferentes que cuando los consideramos y cuando comenzamos a creer en ellos, comienzan a darnos el sentido de una vida religiosa. Vida religiosa no significa vivir en un lugar religioso o en un cementerio o en una iglesia, “una religión que es toda hacia afuera. La verdadera religión es vivir y estar consciente del sentido de deber que tenemos hacia el hombre y hacia Dios. Alguien podría decir, ¿Cómo puede una persona que vive una vida de deber, está con frecuencia vacía de amor, belleza y poesía? No creo que el deber tenga nada que ver con privar a una persona de amor, armonía y belleza. Por otro lado, cuando se despierta el verdadero espíritu del deber en una persona, es cuando comienza la poesía. Si ha de encontrarse un bello poema, si hay alguien que haya experimentado el amor, la armonía y la belleza, es esa persona que comprende el sentido del deber. Por ejemplo, un niño recién nacido: él ha venido del cielo, él es tan feliz como los ángeles, es hermoso en la infancia, tiene una expresión de armonía y es amor en sí mismo; y aún así no conoce el amor, la armonía y la belleza. ¿Por qué? Porque aún no conoce el deber. Pero el momento en que se despierte el espíritu del deber comienza la poesía en la persona; y cuando ha comenzado la poesía, entonces el amor, la armonía y la belleza se le manifiestan totalmente a su visión.

Sin embargo, uno podría preguntar, “El deber es responsabilidad; cómo podemos nacer de esta gran cantidad de responsabilidad? “De dos formas: ya ha nacido de esta montaña de responsabilidad quien no tiene sentido de responsabilidad. El no quiere asumir esa responsabilidad. Está bastante feliz; no le importa lo que nadie piense de él; no le importa a quién hiera ni a quien haga daño; sólo se interesa por sí mismo y es baste feliz. Ya nació. Y si hay alguna otra deliberación, se logra viviendo una vida de deber; se logra pasando por él. Por cuanto pasar por él elevará a una persona más y más, hasta que se eleve por encima del deber, y estará agradecido de haber pasado por el camino del deber, el camino sagrado del Dharma; por cuanto por esto finalmente él ha sido capaz de llegar a un estado de realización en el que por sí mismo encontrará el sentido de la vida.
